

Sustento

Leticia Bravo Banderas

Profesora de ESO y Bachillerato y doctora en Filología Clásica
por la Universidad de Málaga

COMO EL CAMINANTE DE CASPAR FRIEDRICH ANDAMOS HAMBRIENTOS de horizonte, hambrientos de belleza, hambrientos de libertad.

Para calmar el hambre hace falta alimento. La palabra «alimento», la palabra «alumno» y la palabra «alto» comparten el mismo étimo latino: el verbo *alo, alere, altum*. *Alo* significa «alimentar, hacer crecer» y el adjetivo *altus*, tanto «alto» («crecido, alimentado») como «profundo». Así pues, por su origen, el alumno es quien recibe alimento, el alimentado.

Ligada al alimento y a la imagen de un niño al que hay que alimentar para que crezca, imaginamos la figura de la madre, a la que la *Ay mamá* de Rigoberta Bandini ha hecho noticia estos días, y de la que todos, literalmente, nos hemos alimentado para poder llegar a ser. Originalmente utilizada para nombrar en Roma a la diosa madre y más tarde con el cristianismo a la Virgen María, en la Bolonia medieval, que la quiso como lema (*Alma Mater Studiorum*), la expresión *ALMA MATER*, «madre que alimenta, madre nutricia», pasó a designar metafóricamente a la Universidad.

En el abismo entre la alta cocina al alcance de muy pocos, la comida basura al alcance de la mayoría, la dieta saludable al alcance de algunos y la hambruna inmisericorde e imperdonable que sufren todavía millones de personas, la universidad nos ofrece el alimento del conocimiento (lo que se conoce, lo que se desea conocer, lo que se vive, lo que se ama) que es refugio en los momentos de sosiego; esperanza en las horas convulsas; solución para los conflictos; respuesta para los desafíos; motor de futuro y equipaje final, el que vendrá, ligero, con nosotros el último día, como cantó Machado, otro caminante.

178

En estos tiempos pandémicos que vivimos estamos hambrientos además de buenas noticias. Ahora, cuando estar vivo parece más incierto que nunca, cumplir años resulta especialmente valioso. Felicidades, pues, para esta universidad nuestra que se alimenta y crece con el esfuerzo y el talento de todos y cada uno de sus miembros y en la que todos, a la postre, como en la vida (la asignatura más difícil), no somos más que alumnos tratando de ganar en altura (el *altius* de los juegos olímpicos), es decir, hacia la luz, como todos los seres, y en profundidad, es decir, hacia el fondo, allí donde tiene lugar el encuentro más crucial para cada uno de nosotros. Para ese viaje, de la cabeza al corazón, como en el poema «Ítaca» de Cavafis o en la *Odisea* homérica, por citar solo un par de ejemplos, el viaje interior, el verdadero viaje, el único viaje, es fundamental y decisivo el alimento que llevamos con nosotros. —